

digestion. En esa paz profunda, en esa calma absoluta, no se veía en el cielo de la idea un solo relámpago que anunciase la tempestad del alma. Las necesidades no existían; no siendo conocidos los goces, no era posible notar su ausencia; el pasado era tranquilo, el presente sereno, el porvenir sin nubes; ¿qué se podía, pues, esperar de sublime de una sociedad que dormía con la misma tranquilidad que un propietario que tiene su casa asegurada de incendios?

Si alguna alma elevada, *rara avis in terra*, intentaba despertar del letargo en que yacía, el indiferentismo que en derredor de ella reinaba la volvía á adormecer; y si su actividad se sentía contrariada, no tenía otro recurso que lanzarse, en vez de al espacio sin límites de la idea, al campo mezquino y estrecho de las especulaciones pecuniarias, que ofrecía por única recompensa al hombre emprendedor los medios para vivir, en medio de la riqueza, con la misma miseria que un mendigo.

## III.

Era verdaderamente aquella una existencia menos que material, porque ni los goces mismos que el culto á la materia produce, podían existir. Ricas vajillas de plata y oro para tomar en ellas malos alimentos; palacios suntuosos mas desnudos en su interior que una boardilla; joyas de inmenso valor haciendo un contraste con los vestidos viejos; carrozas grandes como templos en las que entraban sus dueños sin saber á dónde ir. ¿Era esto vida, acaso? Volvamos la vista hácia la esfera moral. Había, es cierto, universidades, colegios, en los que el principal deber de los estudiantes era cubrir sus delgadas formas con el traje talar, su cabeza con el negro bonete del hijo de Loyola, y despues de diez ó doce años de llevar tan ridículos disfraces, sabían, con ayuda de unas cuantas definiciones teológicas, lo necesario para blasfemar de Dios impunemente; con algunas distinciones escolásticas, lo suficiente para volver lo blanco negro y lo negro blanco; y con varias leyes casuísticas del Dijesto, lo preciso para desnudar á toda luz al género humano. El pensamiento no estaba muerto, porque ni siquiera nacía aún.

Es tan exacto el cuadro que acabamos de trazar, que, aun

hoy día, resentimos los tristes efectos de la pésima educación clerical que se dió á la Nueva-España. Mucho tenemos que caminar en busca de un hombre de verdadera ciencia en cuya mente haya anidado algun pensamiento profundo, alguna idea general, algun punto de vista nuevo. Y á cada paso encontramos, por el contrario, abogados muy sábios en el derecho romano que no tienen la menor nocion de las instituciones que nos rigen, que ni siquiera conocen la ortografía de su idioma; sacerdotes que con leer mal en latin se disculpan de no saber la lengua española, que por todo estudio religioso han leído el Breviario, y que suben al púlpito con el mismo aplomo que Bossuet y Massillon, ignorando del todo quiénes han sido Massillon y Bossuet. La educación escolástica solo puede producir especialistas en ciencias inútiles para la humanidad.

En semejante atmósfera de ignorancia ¿cómo era posible que el arte, reflejo de todo pensamiento elevado, de toda idea generosa, hijo de la observacion y de los adelantos literarios y científicos, pudiese, no diremos progresar, pero ni siquiera nacer? El arte, expresion del ideal, no puede vivir en una sociedad sin ideas; y con dolor tenemos que confesar que las bellas artes en México bajo el régimen colonial nunca fueron mas que una pálida copia de las artes españolas.

Los artistas mexicanos no obraban por inspiracion, porque nada en su patria podia inspirarles pensamientos grandiosos; sino por imitacion, adoptando como bueno todo lo que en la metrópoli era tenido por tal.

## IV.

Dejando á un lado los obstáculos morales que se oponian en la Nueva-España al desarrollo de los estudios estéticos, habia otros materiales, digámoslo así, que en gran parte cooperaban á que el arte nunca pudiese poner un pié sólido en nuestro país. No era posible que los grandes artistas españoles y flamencos, cuya posesion se disputaban las cortes soberanas de Europa, pasasen á un país nuevo, en donde un público de ignorantes advenedizos no podia ser un aprecia-dor digno de sus obras inmortales. Si algunas producciones de ellos encontramos en México, generalmente eran obras de pacotilla, ejecutadas á toda prisa por encargo de ricos particulares ó de alguna comunidad religiosa. En ellas no habia inspiracion propiamente dicha. Siempre imágenes de santos para oratorios ó para altares; imágenes que, las mas veces, no expresaban otra idea que la que su vulgar piedad inspiraba á las personas que mandaban ejecutarlas. El artista no habia puesto en ellas de su propia cosecha, mas que el lienzo y los colores: la idea era agena; la inspiracion, la vida, la chispa sagrada que Prometeo infundiera al hombre y con la que éste hace que su alma se refleje en sus creacio-

nes, se encontraba ausente. Tales eran las fuentes en que los artistas mexicanos se veían obligados á beber.

Es cierto que algunos pintores españoles, atraídos por la codicia, vinieron á nuestra patria, trayendo consigo algunas tradiciones de las escuelas de que acababan de desertar. Pero estas tradiciones eran incompletas: al pasar de súbito de una atmósfera en que el arte se ostentaba en todo su esplendor á otra en que era absolutamente desconocido, sus ideas estéticas sufrían un trastorno completo: era otro aire, otra luz, otra vida, otras ideas, otros tipos: y si á esto se añade que los pintores venidos á México estaban muy lejos de ser verdaderos maestros, pues, difícilmente, si lo hubieran sido, habrían abandonado su patria, se comprenderá desde luego cuán pobres lecciones debieron dar, y qué clase de artistas pudieron formar con ellas.

Todo esto que decimos no es una crítica de los pintores mexicanos cuyas biografías nos proponemos escribir: simplemente manifestamos las causas que les impidieron elevarse á la altura á que por su talento eran acreedores; y no dudamos que la mejor disculpa para sus errores son estas causas mismas.

Pero antes de entrar en materia y, puesto que á pesar de la diversa senda que tomó la llamada escuela mexicana de pintura, es hasta cierto punto hija de la española, hagamos á grandes rasgos un estudio sobre el estado en que el arte se encontraba en España en el momento en que apareció entre nosotros: estudio que nos servirá al mismo tiempo, como de una especie de introducción á la serie de biografías artísticas que es nuestro intento escribir.

## V.

El inmenso fulgor del Renacimiento se iba apagando ya. De aquella actividad febril, de aquella exuberancia de vida que brotaba de todos los poros del cuerpo social, solo quedaban aquí y allá algunos grandes espíritus inflamados aún en la divina llama en que se había abrasado el siglo XVI. La siguiente centuria había sabido conservar lo conquistado en el período anterior; pero estaba muy lejos de poseer las mismas dotes creadoras que éste. ¿A qué debe atribuirse esta brusca paralización del Renacimiento? En nuestro concepto, á ninguna otra causa que á la Reforma. El Renacimiento era una revolución pagana; y, si hubiese continuado con el mismo vigor por la senda que al principio se trazó, la humanidad habría vuelto á los tiempos mitológicos, y el culto que comenzaba á tributarse á la materia en lo alto del Vaticano, habría terminado por extenderse por el mundo entero. A la Reforma cupo la gloria de haber derribado á Epicuro del pedestal que la locura humana le levantara. Sometiendo á su ley á los reflexivos pueblos del Norte hizo retroceder el materialismo ante sus doctrinas profundamente ideales; y aterrados en el Mediodía los sacerdotes ca-

tólicos al escuchar su poderosa voz, arrojaron lejos de sí las rosas del festin; y, oponiendo, como un poderoso dique á la marcha siempre creciente de las nuevas ideas religiosas, la Inquisicion y la Compañía de Jesus, lograron, por medio del espanto y del rigor, hacer retroceder á esa fraccion de la humanidad que aun permanecia á sus órdenes á los tiempos ascéticos y piadosos de la Edad Media. En España especialmente, fué en donde el sistema defensivo adoptado por Roma obtuvo un éxito completo. La sombría imaginacion clerical extendió sobre aquel hermoso país el fúnebre velo de los terrores religiosos. A la idea de la muerte y de las penas eternas, la conciencia humana se habia estremecido, y el alma, acometida al menor escrúpulo por locos terrores, habia concluido por tener horror no solo á la materia, sino al pensamiento, no solo al pensamiento, sino á la vida misma. El acto mas sencillo de la existencia era considerado como un pecado mortal; y el fraile, desde lo alto del púlpito ó en el fondo del confesonario, infundia en los fieles la idea de que era una ofensa á Dios todo aquello que no favoreciese á sus ministros. Si á esto se añade que el fanatismo ayudado por el espionaje y la delacion se habian convertido en ley; que la Iglesia y el Estado se habian unido para tiranizar al pueblo con mas impunidad; que el hijo, el padre, la esposa, eran otros tantos enemigos domésticos de todo el que tenia la desgracia de no creer, se verá que se puede describir el estado moral de la España en los tres siglos anteriores al presente, con estas siete palabras muy diferentes de las que pronunció el Cristo en el Calvario: "¡Con el rey y la Inquisicion, chiton!" Se comprenderá entonces cómo el Catecismo era el resumen de los conocimientos humanos.

## VI.

No era posible que el arte fuese el único que levantase la frente en medio de aquella atmósfera de ascetismo que envolvía y sofocaba los ramos todos de la actividad del hombre. El arte no podia expresar otras ideas que las de la sociedad en que vivía; y encontrándose cercado, acosado por todas partes, emprendió su vuelo hácia el único punto por donde una puerta se le abría: hácia el cielo. Aunque nacido en el Renacimiento, el arte español nunca ha sido hijo de él. La robusta inspiracion pagana no cabia en aquellos pechos sobrecogidos de espanto ante el siniestro resplandor de las hogueras del Santo Oficio; y, abandonando los artistas, casi sin conocerlo ellos mismos, las tradiciones de las nuevas escuelas, ciegas idólatras de la forma, volvieron insensiblemente á los tiempos en que una humilde escuela, refugiada en las montañas de la Umbria y en la falda occidental de los Apeninos, hacia palpar los corazones piadosos con sus creaciones llenas de misticismo y de fé. La escuela de Fra Angélico de Fiesole es, en verdad, la fuente en que la escuela española se inspiró. Parece al contemplar sus obras, que sus pintores se limitaron á poner en práctica las

órdenes del segundo concilio de Nicea: "La santa Iglesia católica pone en obra todos nuestros sentidos para atraernos á la penitencia y á la observancia de los mandamientos de Dios; ella se esfuerza en inspirarnos, no solamente por el oído, sino por la vista, el deseo que tiene de perfeccionar nuestras costumbres."

Aquellos artistas eran unos verdaderos creyentes, que hacían con sus pinceles la propaganda de la fé, como los misioneros con el crucifijo. Fieles depositarios de las tradiciones religiosas, sin preocuparse por la vida mundana ni por la ciencia, permanecían firmes en su devoción y en su ideal religioso, sin que las mas claras manifestaciones del realismo pudiesen conmoverlos. Con excepcion de tres ó cuatro géneos que, como Velazquez, abrieron otra senda á su inspiración, la mayor parte de los pintores españoles consagraron sus talentos exclusivamente á los asuntos religiosos. Sus obras eran exquisitas por el sentimiento religioso que en ellas reinaba. La belleza inmaterial se manifestaba en todo su esplendor: eran obras de fé, éxtasis del alma, adoraciones y no pinturas. Como el Angélico, deben de haberse arrodillado antes de comenzar sus trabajos, y, al representar al Nazareno pendiente de la cruz, sus ojos deben de haberse bañado en llanto.

Con semejantes ideas estéticas, era imposible que la belleza y la naturalidad de la forma representasen el principal papel. No era aquella la inspiración viril de la Grecia ó de la Italia: era la unción religiosa que habia construido la catedral de Colonia, unida al fanatismo que levantara el Escorial.

Al ser trasplantado á México, el arte español no cambió. Las mismas costumbres, idénticas ideas y un fanatismo mas exagerado quizá, reinaban en la colonia: y por consiguiente el arte, con las mismas condiciones de vida y mayores obstáculos para su desarrollo, á saber, un pueblo nuevo, falto de educación y aislado del mundo entero, era preciso que tuviese las mismas cualidades y los mismos defectos en la Nueva

que en la Vieja España. Y como, por otra parte, los buenos modelos que imitar faltaron en nuestra patria, como á fuerza de paz y de bienestar el espíritu no se fijaba en otra cosa que en la satisfacción de las necesidades materiales, resultó, como forzosa consecuencia, que los pintores mexicanos ni tuvieron la habilidad de ejecución de los españoles, ni tributaron al ideal ese culto delicado que era el carácter distintivo de la escuela que se proponían seguir.

## VII.

Hechas estas reflexiones, que á la vez que, como un juicio crítico de la escuela mexicana de pintura, pueden ser consideradas como una disculpa de los errores en que incurrió, entremos de lleno en la tarea que nos hemos impuesto.

Ante todo, debemos hacer advertir á nuestros lectores que estos estudios, en su mayor parte al menos, no son ni pueden ser verdaderas biografías. Los datos históricos relativos á muchos pintores mexicanos y en especial á los que son objeto del presente artículo, faltan absolutamente; pero como los hechos de la vida de un artista son verdaderamente sus producciones, esperamos que el que pase su vista por las presentes líneas, quedará satisfecho con saber cuáles son las principales obras que tal ó cual pintor ejecutó, y el mérito artístico que se les puede conceder.

No seremos nosotros los que perdamos el tiempo en inútiles conjeturas, para averiguar si el introductor de la pintura en México fué Rodrigo de Cifuentes, Cristóbal de Villalpando ó Fray Pedro de Gante. Bástenos saber que en la aurora del siglo XVII existía ya en esta ciudad un pintor español de gran reputación llamado Baltasar de Echave. Es-

te artista, de gran talento, puede ser legítimamente considerado como el padre de la pintura mexicana; y simplemente con examinar las obras que de él nos han quedado, basta para conocer que los pintores que le sucedieron no hicieron otra cosa que seguir por la senda que él les trazara.

El que alguna vez haya visitado las galerías de pintura de la Escuela Nacional de Bellas Artes, debe haber sentido atraídas sus miradas hácia tres ó cuatro cuadros de un estilo dulce, tranquilo, sereno como las aguas de un estanque en donde retrata sus profundidades el cielo azul. Aquellas obras tienen que ser hijas de la fé, de un sentimiento religioso, llevado hasta el éxtasis y la contemplación. Indudablemente, sus autores no pueden haber sentido palpitar su corazón por ninguna pasión mundana, su alma jamás ha sido víctima de los terribles embates de una tempestad moral. Aquellos cuadros nada tienen que recuerde las tremendas visiones apocalípticas de Miguel Angel, ni el espíritu enérgico y sombrío del Españoleto. Son una vaga aspiración hácia la futura vida, son esos dulces sentimientos que nacen del arrobamiento divino, son la imagen de Mignon presa de la nostalgia del cielo, son las obras de los Juarez, en fin.

## VIII.

Dos eran, Luis y José, discípulos, segun por el estilo se puede descubrir, de Baltasar de Echave, y existentes ambos en el décimo sétimo siglo. He aquí lo único que de ellos se sabe, ignorándose absolutamente si fueron parientes. Del primero, de Luis, tenemos un texto de D. Carlos de Sigüenza y Góngora, en el "Paraíso Occidental," lib. I, cap. IX, en que refiriendo que el retablo grande de Jesus María costó nueve mil pesos, añade: *precio que no parecerá excesivo á quien haya regalado la vista con la inimitable suavidad de sus pinturas, en que se excedió á sí mismo el mexicano Luis Juarez, pintor excelente, y uno de los primeros de aqueste siglo.* La pintura del retablo tuvo lugar en 1621. Segun el Sr. Couto, "Diálogo sobre la historia de la pintura en México," desde algunos años antes ejercía ya el arte, pues el cuadro que representa la Aparicion del Niño Jesus á San Antonio tiene fecha de 1610.

Luis Juarez fué un pintor de gran mérito, si se atiende á la época en que vivió y á los grandes obstáculos que se le presentaban para que llegase á la perfeccion. Es cierto que falta en sus cuadros el dibujo correcto, que los pliegues que

pinta son duros, que los paños carecen de aire; pero en cambio, el colorido se acerca algo al de la escuela sevillana, y el sentimiento exquisito, el idealismo sentido que domina sus obras, hacen que de buena voluntad se le perdonen todos sus errores.

Sus principales cuadros son, ademas del San Antonio, de que hemos hablado ya, la *Aparicion de la Virgen á San Ildefonso*, *El desposorio de Santa Bárbara*, *La Ascension del Señor*, y *La Oracion del Huerto*, en la que se independió un poco de su primer estilo, y que parece ser su obra capital.

IX.

De José Juárez tenemos aún menos datos que de Luis, y solo sabemos que fué posterior á éste en algunos años, pues un cuadro suyo tiene fecha de 1653. Este era un artista sumamente superior al otro del mismo apellido. En sus obras se vé un estudio más concienzudo del modelado, mejor colorido, mayor conocimiento en la composición y mas naturalidad en las actitudes.

Seis cuadros se conservan de él, la mayor parte de sumo mérito, siendo de notarse entre ellos el que representa á los *Santos Niños Justo y Pastor*, y la *Vision celestial de San Francisco*.

Por lo demás, es tan asombrosa la semejanza de estilo en los dos Juárez, que, sin peligro de engañarse, se puede asegurar que, si nó hermanos por la naturaleza, lo fueron á no dudarlo por el arte.





S. HERNANDEZ LITOGF

LIT. DE N. IRIARTE

LA ORACION DEL HUERTO

Pintura de Luis Juárez

X.

Antes de concluir, haremos una ligera análisis de los cuadros de estos dos pintores que se representan en las litografías adjuntas al texto.

“La Oracion del Huerto,” de Luis Juárez, cuadro del tamaño natural, que se encuentra en la galería de pinturas de la antigua escuela mexicana de la Academia Nacional de Bellas Artes, es una obra de gran mérito y en la que, como dijimos antes, el pintor se independió un poco del estilo dominante entre los artistas de aquella época. Aunque no es original la idea, el pintor ha impreso en ella la huella de su genio, y ha dado á las figuras cierto aire de originalidad y de dulzura, que hace que su obra se distinga á la simple vista de las de los maestros españoles é italianos que trataron el mismo asunto. La composicion es sencilla, feliz: sentidas las figuras y bien comprendidos los personajes. El dibujo, aunque correcto, es algo duro: los paños tienen esos pliegues fuertes, recortados, que los hace parecer como de papel: el modelado casi no existe, defecto muy comun en los pintores mexicanos, que trabajaban de memoria y sin copiar modelo alguno: el color es bellissimo y lleno de verdad.

El "San Antonio" del mismo autor, pertenece á la escuela mística que, á pesar de sus mil defectos, no se puede negar que causa en el espectador una impresion profunda. Medio colorido, poco dibujo, ningun conocimiento verdadero de la forma: en cambio, un sentimiento exquisito, una dulzura infinita: el alma que se lanza hácia el cielo y Dios poniéndose en comunicacion con el hombre. El niño Jesus que aparece al santo es una figura llena de gracia y de idealismo.

Pasemos á José Juarez.

Dos cuadros copiamos de él: "Santos Justo y Pastor," y la "Vision seráfica de San Francisco."

El primero es sin duda alguna la mejor obra de la escuela mexicana de los siglos XVII y XVIII: composicion elevada, dibujo grandioso y sentido, color admirable. En el rostro de los niños está perfectamente caracterizada la inocencia, y la figura del ángel que se inclina es digna del pincel de Rafael.

No haremos los mismos elogios del San Francisco: aunque la composicion es regular, el dibujo correcto y el colorido bastante bueno, el artista no estuvo tan feliz como en el cuadro anterior: aquella es una obra espontánea, inspirada, verdadera hija del génio: el San Francisco es estudiado, calculado, se buscó en él, mas que el sentimiento, el efecto. Sin embargo, la figura de María presentando á su hijo respira una dulzura y una poesía infinitas.

## XI.

Tales fueron las obras de los dos primeros artistas mexicanos dignas de consideracion; y, á pesar de la falta de verdadera originalidad que en ellas se nota, y de los muchos defectos de que adolecen, no se puede negar á los Juarez un lugar muy elevado entre los hombres ilustres mexicanos.

FRANCISCO G. COSMES.